

Razón, voluntad y gracia en el *Ad Clericos De Conversione*

S.Bernardo no es un convertido a la manera de S.Pablo o de S.Agustín¹. Cristiano desde niño, experimentó en profundidad las exigencias radicales de la fe. Su espíritu apasionado y vehemente pero a la vez sensible y lúcido le hizo abrazar un modo de vida sin ningún compromiso con el mundo; el Císter en su sencilla desnudez encarnó para él el vivir cristiano a secas². Una caridad ardiente y una profunda humildad fueron las coordenadas espirituales que lo llevaron a emprender cada día el camino hacia Dios, consciente de todas las imperfecciones que lo separaban de Él³. Por ello Bernardo es fundamentalmente un reformador que quiso llevar la vida cristiana a su esencia más pura no sólo en el ámbito personal sino también social.

Es esta exigencia continua de purificación la que hace del tema de la conversión, uno de los ejes de la espiritualidad bernardina. Conversión concebida no como pasaje de la incredulidad a la fe sino como reforma continua y coherencia de vida postuladas por el cristianismo al que siempre adhirió. De ahí que para todos sus oyentes, para sus monjes, para él mismo, Bernardo propuso la conversión como un estilo de vida, un proceso lento y siempre en acto, llamado a prolongarse durante toda la existencia terrena.

1. Cf J.LECLERCQ, *Saint Bernard et l'esprit cistercien*, Paris 1980, p.86.

2. La hagiografía cisterciense posterior hace de S. Bernardo el segundo fundador del Císter pues sin él la primera fundación no hubiera durado tanto, ni habría alcanzado el esplendor que él le comunicó (cf J.LECLERCQ, *La spiritualità del Medioevo*, 4/A, Bolonia 1986, p.295-296).

3. Como observó J.Leclercq y muchos críticos después de él, Bernardo no fue santo porque no tuviera defectos sino porque nunca cesó de luchar contra ellos (cf. F.R. DE PASCUAL, *Perfil biográfico*, en *Introducción general, Obras completas de S.Bernardo*, I, BAC, Madrid 1983, p.153).

Desde su primer tratado *Sobre los grados de la humildad y la soberbia*, Bernardo traza el itinerario de la conversión pero sólo en el *Sermón a los clérigos sobre la conversión*, encara especialmente el tema⁴. En él, Bernardo resume su experiencia de predicador y de abad y sintetiza a la luz de las bienaventuranzas esa singular experiencia del hombre en la que concurren sus potencias más nobles –inteligencia y voluntad– y la gracia infinita de Dios⁵.

El análisis de esta progresiva dialéctica divino-humana, que arranca desde la miseria del pecado y culmina en la perfecta configuración con Cristo según el ejemplo del buen Pastor, será nuestro tema.

1. El regreso al corazón

Bernardo observa que la conversión es obra de Dios y no de los hombres. La misma palabra creadora que sacó el universo de la nada, convierte al hombre de manera viva y eficaz. Es la voz del Señor, potente y magnífica que "sacude el desierto, quiebra los secretos y hace saltar las almas em-

4. Este texto compuesto inicialmente por S. Bernardo para la fiesta de Todos los Santos, fue desarrollado luego para los miembros de la Universidad en la Abadía de Saint-Denis, en su mayoría clérigos. El *Exordio Magno Cisterciense* narra que: "En cierta ocasión, teniendo Bernardo que ir a París, fue invitado a visitar la Universidad. Habló a los estudiantes sobre lo que él consideraba la auténtica filosofía, exhortándoles al menosprecio del mundo y a abrazar la pobreza voluntaria por Cristo...y, echando la red de las verdades divinas, recogió una enorme pesca. Acabada su exposición, muchos de los auditores se volvieron al Señor" (Ed. B.GRIESSER (Roma 1961), p.106-107), citado por J.M.DE LA TORRE, *Introducción al Sermón a los clérigos sobre la conversión en Obras completas de S.Bernardo*, I, p.361).

5. También en su tratado *Sobre los grados de la humildad y la soberbia*, Bernardo alude a las tres bienaventuranzas de los mansos, de los misericordiosos y de los puros para indicar las etapas del itinerario del hombre hacia Dios (cf 4,14; 5,18; 6,19).

botadas"⁶. Esta voz, que no es sino Dios mismo, se ofrece a todos y "lo que cuesta realmente es cerrar los oídos para no percibirla"⁷; se adentra en el corazón del hombre, no cesa de golpear hasta que éste le abra y hace violencia incluso para que el pecador se enfrente consigo mismo y adquiera conciencia de su situación desesperada.

La continua acción de Dios en el proceso de conversión no elimina, antes bien postula la necesaria, libre e insustituible respuesta del hombre. El Bernardo que predica a los profesores y estudiantes de la Universidad en la abadía de Saint-Denis alrededor del 1139 es el mismo que ya más de diez años antes escribió su tratado sobre *La gracia y el libre albedrío*⁸, afirmando de manera concisa y radical: "Consentir es salvarse"⁹. Si Dios solo es capaz de convertir al alma, sólo la libertad del hombre es capaz de acoger la acción divina en él. Con toda paciencia y doctrina, oportuna e inoportunamente, Bernardo solicita la colaboración del hombre con la gracia divina en este proceso que decide su destino eterno.

El primer paso de la libertad humana en este diálogo entre Dios y el hombre, es abrir los oídos del corazón y escuchar atentamente a Dios que habla en la intimidad: "aplica el oído a tu interior, orienta los ojos del corazón y sabrás por experiencia lo que allí se encuentra"¹⁰. En su corazón el hombre parece hallar no tanto a Dios sino su luz que todo lo ilumina y deja al desnudo la miseria humana, ese "grueso volumen en

6. *Conv* 1,2. Para las siglas de las obras y las citas de los distintos textos uso la edición bilingüe (latino-española), ya mencionada, de las *Obras completas de S. Bernardo* preparada por los monjes cistercienses de España, en base a la edición crítica de J.LECLERCQ-H.M.ROCHAIS, publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos.

7. *Conv* 2,3.

8. Se calcula en efecto, que el *De gratia* fue escrito alrededor del 1128 (cf. *Introduction al Liber de gratia et libero arbitrio en Sancti Bernardi Opera*, III: *Tractatus et opuscula*, preparado por J.LECLERCQ-H.M.ROCHAIS, Roma 1963, p.157-158.)

9. *Gr* 1,2.

10. *Conv* 3,4.

el que todo ha quedado escrito con el cálamo de la verdad"¹¹. La palabra de Dios, potente y luminosa, descubre el pecado e ilumina las tinieblas; bajo su luz se enciende la razón, se estimula la memoria y el hombre despierta de su sopor.

Para escuchar esta voz que trata de disuadir a los pecadores e invita al arrepentimiento, el hombre debe recogerse y volver a su interioridad. Sin embargo, "un espíritu disperso no se da cuenta de su desgracia espiritual, porque no vive en su interior". Esta dispersión no es de carácter puramente cognoscitivo, es una actitud de toda la persona que implica no sólo ignorancia sino también insensibilidad respecto del mal. Por eso Bernardo agrega: "no es extraño que el alma no sienta sus heridas. Se ha olvidado de sí misma. Y ausentándose de su interior ha salido hacia un país lejano. Cuando regrese, palpará los desgarrones de su mísera ganancia, que la ha vaciado por completo. Mas por el momento no se da cuenta."¹² A la luz del trasfondo bíblico del hijo pródigo, S. Bernardo describe una vez más el camino de la conversión como retorno a la interioridad desde la lejana región de la desemejanza, *regio dissimilitudinis*¹³.

Si el pecado es alienación, desdichado olvido de sí, distancia del hombre consigo mismo y con Dios, el retorno al corazón es ante todo toma de conciencia, contacto en virtud de la penetrante luz de Dios, con la realidad del propio yo sucio y desfigurado. A esa toma de conciencia, Dios —y Bernardo— quieren conducir al pecador. Para ello, el santo abad utiliza un duro realismo orientado a despertar al alma y a provocar en

11. *Ibid.*

12. *Conv* 4,6.

13. Cf. *Gr* 10,32. E. Gilson expone la historia de esta expresión en su artículo *Regio dissimilitudinis de Platon à Saint Bernard de Clairvaux*, "Medieval Studies", 9 (1947), pp.108-130. La antropología bíblica del hombre imagen y semejanza de Dios subyace en todo el sermón. A la semejanza originaria se superpone la desemejanza del pecado. Esta íntima contradicción que marca la existencia humana postula la exigencia de recobrar la identidad perdida y el regreso a la interioridad como punto de arranque bien preciso en el proceso de conversión.

ella un rechazo casi físico respecto de sus pecados. Sus palabras no se dirigen sólo a la razón de sus oyentes sino más bien a ese mismo corazón al que trata de devolver la vida. Las imágenes de la podredumbre y de la cloaca, de los salivazos, de la lepra que cubren los vestidos o el cuerpo, son signo y expresión de ese mundo de gula, fornicación, envidia, ambición, robo que ensucia y deforma el corazón humano, pero son además en los labios de Bernardo, fuerzas que intentan arrancar al pecador de su pecado. El abad de Claraval describe con dramatismo el horror y la consternación de quien al despertar del sueño del placer, se descubre cubierto por la lepra de sus vicios. El pecador queda a merced de su propio tribunal y "¿quién es capaz de soportar este juicio sin angustia?"¹⁴ Ante el severo juicio de la razón, la voluntad se ve tentada a adormecer la conciencia acusadora, a encontrar refugio y consuelo en el engaño.

Esos sentimientos de confusión y espanto son sin embargo, el primer síntoma de una salud que se recobra ya que la locura más grave es la impenitencia del corazón y la voluntad que se obstina en seguir pecando. El retorno a la propia interioridad en cambio, si bien es fuente de dolor, es a la vez condición indispensable de salvación tanto más que dicho retorno se dará inevitablemente en la hora de la muerte. Será entonces un regreso fatídico sin posibilidad de evasión ni de satisfacción; el alma padecerá para siempre la dureza del encierro en su propio yo y el cuerpo no podrá ser de ayuda para el alma sino tan sólo fuente de tormento. Por eso Bernardo denuncia como "peligrosa ternura" y "compasión morbosa", tratar de amortiguar el remordimiento de la conciencia¹⁵ y pone todo su empeño en romper los lazos del engaño. Su voz se levanta potente y persuasiva no tanto para acusar al pecador

14. *Conv* 2,3. El tema del juicio aparece ya en el *De gradibus humilitate et superbiae* en el que Bernardo presenta la razón purificada por el Verbo como acusadora, testigo y juez de sí misma (cf *GrH* 7,21).

15. Cf. *Conv* 5,7. Bernardo añade que "es muy bueno sentir ese gusano, cuando todavía se le puede extinguir" (*ibid*).

cuanto para rescatarlo de su sueño: trata de disipar las nieblas del error, de infundir confianza en su corazón, de animarlo a emprender el camino del regreso hacia la interioridad—"hemos de regresar al corazón"¹⁶—, de mostrarle la dulzura del Señor y la locura y la vanidad del estado en que se encuentra.

Bernardo sabe por experiencia que si el hombre peca no es tanto por una lúcida malicia cuanto por un impaciente deseo de felicidad¹⁷ que lo extravía y lo impulsa a buscar la plenitud más en las creaturas que en su Creador¹⁸. Esta búsqueda desordenada y extenuante, embota y oscurece el alma y le impide alcanzar su plenitud y su fin¹⁹.

Persuadido de la infinita ternura de Dios y de la excelencia de la criatura humana, Bernardo trata precisamente, de romper esa íntima dialéctica entre el afán desordenado de felicidad y el obscurecimiento del corazón que se potencian recíprocamente, exhortando a la interioridad.

Por otra parte, Dios es bueno y —sobre todo en los comienzos de la conversión— no permite que el hombre perciba toda la gravedad de sus pecados ni la dificultad en combatirlos y curarlos. El alma se encuentra protegida por una benéfica ilusión que le permite no desesperarse y emprender la lucha²⁰. Así, el retorno al corazón si bien se presenta al pe-

16. *Ibid.* El texto de *Isaías* 46,8: *Reddite, praevaricatores, ad cor*, es el tema de todo el Sermón.

17. Bernardo observa en el sermón *En la festividad de todos los santos* que Eva pecó porque: "No quiso esperar del Señor, de quien había recibido todo, la felicidad total..." (1,9).

18. Bernardo desarrolla este tema en el *Libro sobre el amor a Dios* posiblemente de datación muy próxima al *De conversione* con el cual presenta numerosas analogías. En el *Libro sobre el amor a Dios* Bernardo pone de relieve la inquietud que nace en el hombre que se deja arrastrar por el deseo de las cosas temporales: "El corazón se extravía y vuela inútilmente tras los engañosos halagos del mundo" (*AmD* 7,18).

19. Cf. *Conv.* 17,30.

20. Cf. *Conv.* 5,7.

cador como primer momento de conflicto es sobre todo ocasión de gracia²¹.

2. La conversión

En la antropología y en la doctrina espiritual de S. Bernardo, si bien el alma posee distintas potencias —razón, memoria, voluntad— la voluntad es el eje de la existencia y su núcleo más profundo. Por ello la conversión del pecador requiere en cada una de sus etapas, no sólo la iluminación de la inteligencia sino el consentimiento de la voluntad para que ésta quiera eficazmente el bien. Bernardo dedica los capítulos centrales de su *Sermón* a la descripción y análisis de esa progresiva dialéctica entre razón y voluntad que se resuelve precisamente en el acto de conversión como aceptación de la gracia divina.

2.1. Dialéctica entre razón y voluntad

En una inolvidable personalización de las potencias, Bernardo dramatiza la situación en que se encuentra el hombre inexperto en el arte espiritual, el cual cree que es facilísimo cumplir lo que Dios manda. Mientras la voz de la conciencia va dictando sus normas a los sentidos carnales, "de repente, un griterío ensordecedor interrumpe sus órdenes, clamando: "¿De dónde ha salido esa nueva religión? Ya puedes mandar a placer cuanto quieras, porque surgirá quien se oponga a estos nuevos decretos y quien contradiga estas nuevas leyes"²². La que así se opone es la voluntad, presentada plásticamente

21. En su primer tratado *Los grados de humildad y soberbia*, Bernardo trata el tema del retorno al corazón como conocimiento de la verdad en nosotros mismos, pero no se detiene en las dificultades que esta vuelta a la interioridad suscita (cf. E.C.RAVA, *Calda y retorno a la verdad en los primeros tratados de San Bernardo de Claraval*, Buenos Aires 1986, p.119 y ss.).

22. *Conv* 6,9.

por Bernardo como una vieja paralítica, echada en su cama pero capaz de levantarse en su furor, olvidando su agotamiento, "desgreñada, harapienta, con sus pechos al aire, rascándose las úlceras, rechinando los dientes, apergaminada y corrompiendo el ambiente con sus bocanadas fétidas"²³. Cada rasgo físico corresponde al estado de la voluntad del pecador: su impotencia para el bien, el desorden de sus tendencias, el desenfreno e insaciabilidad que la enferman siempre más, su rebelión contra la razón, su endurecimiento en el pecado y con ello, la desfiguración e impureza de toda el alma. La voluntad, llamada a regir con suavidad y firmeza todas las potencias, se encuentra voluntariamente dominada por los apetitos inferiores.

Esta impotencia para actuar el bien, revela a la razón el verdadero estado del alma y le hace comprender lo difícil de una situación que parecía sencilla: "constata que su débil voluntad, siendo la dueña, está dominada y contempla la corrupción total que fluye de sus llagas. El alma se siente contaminada por sí misma y por su propio cuerpo, no por el de otro. Todo repercute en el alma, tanto la memoria que es corrompida como la voluntad que la corrompe"²⁴.

La voluntad desfigurada es a la vez causa y víctima del pecado, dueña que domina y es dominada²⁵. De esta íntima contradicción surge la deformidad del alma en todas sus capacidades —razón, memoria y voluntad— y del cuerpo en cada uno de sus miembros.

El hombre se enfrenta con su radical miseria; sin embargo, de la hondura de ese abismo, está llamada a nacer la esperanza de felicidad y salud.

23. *Conv* 6,10. Bernardo simboliza frecuentemente la voluntad del pecador con un cuero reseco y endurecido al que la unción del Espíritu Santo está llamado a devolver su blandura y elasticidad originarias (cf *GrH* 7,21).

24. *Conv* 6,11.

25. En su tratado *De gratia et libero arbitrio*, Bernardo expone la misma idea en cuanto al tema de la negación de Pedro afirma respecto de la voluntad que: "es ella la que induce y la que es inducida" (12,39).

La voz de Dios resuena en el corazón del pecador asegurando la felicidad para quien se reconoce pobre: "Dichosos los que se sienten pobres, porque tienen ya el reino de los cielos" (Mt 5,3). Si —como observa E. Gilson— la ceguera del corazón es el primer mal para sanar en quien desea remediar la perversión de la voluntad²⁶, Bernardo ahondando en la génesis del acto humano, observa que para que esta ceguera desaparezca es necesario que la voluntad consienta. La razón ilumina el estado de la voluntad, pero la voluntad a su vez debe querer ser iluminada por la razón. El primer paso de la conversión exige por lo tanto, un conocimiento de sí que supone la aceptación de las propias faltas: el pecador no sólo debe conocerse sino reconocerse tal²⁷.

Este conocimiento si bien duro y amargo²⁸, es fuente de liberación. A la óptica humana que lleva a la desolación Bernardo sustituye la óptica divina que infunde confianza y consuelo; sabe por experiencia que la misericordia es inseparable de la miseria y que es buena la enfermedad que sirve para manifestar la destreza del médico²⁹.

En este recíproco potenciarse de la razón y de la voluntad, ésta debe poner un nuevo acto: si el pecador quiere entrar en el reino, debe empezar a obrar en consecuencia y dominar suavemente sus miembros y potencias. Se trata de practicar la segunda bienaventuranza: "Dichosos los mansos, porque van a heredar la tierra" (Mt 5,4)³⁰. Las facultades indómitas y

26. Cf. *La théologie mystique de Saint Bernard*, Paris 1980, 2a. ed., p. 75.

27. En el *Sermón sobre la Ascensión del Señor*, 3,4 Bernardo expresa bajo otro aspecto la misma prioridad de la voluntad: "La inteligencia iluminada conoce el bien; pero es necesario que la voluntad purificada lo quiera."

28. Bernardo define en el tratado *Sobre los grados de la humildad y la soberbia*, el conocimiento de la verdad en nosotros mismos como severo y amargo (cf. 2,5; 6,19).

29. Cf. *Conv* 6,12.

30. En su comentario a la misma bienaventuranza en el sermón *En la festividad de Todos los Santos* Bernardo afirma: "Para mí, esta tierra es nuestro cuerpo. El alma que desea poseerlo y dominar sus tendencias debe revestirse de mansedumbre y acatar al que es superior a ella" (1,9).

deformes deben ser conducidas bajo la regla de la razón; sin embargo, dominar los sentidos carnales³¹ es como amansar una bestia feroz, el corazón es áspero y los instintos brutales³². El camino para triunfar de la propia esclavitud no es enfrentarse con los propios vicios o con los consuelos que ofrece el mundo sino más bien alejarse de ellos.

El primer medio que Bernardo señala para fortalecer la voluntad es debilitar las pasiones desordenadas a través del ayuno, privarse de aquellos placeres que conducen o refuerzan los vicios: gula, lujuria, vanidad, curiosidad... A esto Bernardo agrega el recuerdo de las realidades fundamentales: qué es el pecado, quién es el hombre y quién es Dios.

Como en *Los grados de humildad y soberbia*, Bernardo no presenta una teoría de los distintos defectos sino la caricatura de quienes los encarnan: el goloso, el lujurioso, el curioso, el vanidoso, el avaro. Así, levanta el velo de la apariencia para mostrar en la intensidad del placer desordenado, la fugacidad, angustia y vaciedad que encierra y las deformaciones que de él derivan para el cuerpo y para el alma: "De ahí brota el furor obstinado del odio, la intranquilidad angustiosa de la suspicacia y la tortura cruel de la envidia"³³.

Si Bernardo fustiga los vicios e invita irónicamente al ambicioso a guardar celosamente sus dignidades y al rico a seguir acumulando riquezas, es para sacudir de su necedad al pecador, olvidado de la nobleza de su propia condición: "Una criatura egregia, capaz de la felicidad eterna y de la gloria del gran Dios, creada por el aliento divino, dotada con su semejanza, redimida por sus tormentos, agraciada con la fe, adoptada por el espíritu ..." ³⁴.

31. En el pensamiento bernardino que se coloca en la línea paulina, carnal no indica solamente las tendencias desordenadas del cuerpo sino todas las tendencias que responden al pecado.

32. Cf. *Ibid.*

33. *Conv* 8,14.

34. *Ibid.* Bernardo tiene siempre presente ante sus ojos la dignidad del hombre en toda la concreción existencial de la creación y recreación

Este olvido sin embargo, no implica tanto insensatez cuanto infidelidad. Bernardo reitera así que la raíz del pecado es la voluntad y no, la ignorancia de la razón. Detrás de la ignorancia se esconde la malicia del pecador que no sólo se desinteresa del resultado de sus actos sino que oculta su maldad y trama el mal en la sombra³⁵.

En su tarea de persuadir a la voluntad y dominar sus apetitos, la razón ilustrada por la voz divina, trata de recordar al pecador que todo cuanto obra, aun lo más oculto, queda bajo la presencia de Dios, de sus ángeles y santos e incluso, del demonio. Compenetrado por la presencia del Señor, Bernardo sabe que nada ni nadie escapa al oído y a la mirada de Dios: "Oye quien plantó el oído. Ve quien formó el ojo (...) No sólo lo ve todo, juzga también el proceso de los pensamientos y la raíz de los sentimientos". Por ello afirma: "Es insensato pecar en su presencia y es tremendo caer en las manos del Dios vivo"³⁶. Ni siquiera el pertenecer a la Iglesia puede ser refugio o excusa para el pecador. Más aún, no basta evitar el mal, se requiere hacer el bien ya que "tanto el árbol que da mal fruto como el que no lo da bueno serán cortados y echados al fuego"³⁷. El alma debe por lo tanto revestirse de las virtudes cardinales: fortaleza para rechazar el pecado que seduce, templanza para no condescender con las pasiones, justicia para practicar el bien, prudencia para mantener siempre encendida la lámpara de las buenas obras.

En esta progresiva dialéctica entre razón y voluntad si bien la razón trata de recordar estas verdades fundamentales a la voluntad para que ésta conforme a ellas su conducta, la voluntad no siempre obedece; más aún a menudo se niega a dejarse educar. Frecuentemente es rebelde y terca, inquieta, otras veces displicente con las caricias, más dura con las

divina. (Cf M.DELL'ANDREA, *La "dignitas hominis" in Bernardo di Chiaravalle en Logica e semantica ed altri saggi*, Padua 1975, p.109-138).

35. *Conv* 8,15.

36. *Conv* 9,18.

37. *Conv* 10,20.

amenazas y más obstinada con las correcciones. Incluso la experiencia señala que quienes "intentan convertirse" son tentados con más virulencia por los instintos carnales³⁸:

En esa hora en la cual la tentación se hace más violenta y todas las potencias se rebelan, "es preciso recogerse y despertar todos los sentimientos para salvar el alma, pobre y miserable, y escuchar aquella voz que dice: "Dichosos los que lloran, porque recibirán consuelo" (Mt 5,5)"³⁹.

2.2. Necesidad de la gracia

Si bien Dios toma constantemente la iniciativa previniendo y sosteniendo al hombre con su gracia, éste por su parte debe adquirir conciencia de su total y permanente dependencia de Dios.

La experiencia de la propia impotencia señala un pasaje decisivo en la conversión de la voluntad. Ni dentro de sí, ni a su alrededor el pecador encuentra la fuerza para ordenar sus potencias: es la hora de buscar consuelo en lo alto, donde verdaderamente se encuentra. Este proceso de conversión de la voluntad al cual Bernardo dedica el centro de su sermón, toca su fase decisiva: la voluntad humana experimenta la necesidad de la gracia divina.

Bernardo invita al pecador a llorar por su miseria pero con devoción y esperanza porque a quien busca con fe la ayuda de Dios, ésta no le será negada. La razón atraída por la dulzura divina, trata de persuadir suavemente a la voluntad, mostrándole la dicha que junto a Él le espera.

Por su parte, Dios no se contenta con invitar a la conversión, Él mismo acude al encuentro de quien le busca, se adelanta a quien le ruega, otorga eficacia a sus peticiones, provoca el deseo de la voluntad para que el hombre adhiera

38. *Conv* 11,22.

39. *Conv* 11,21.

a Él y en Él encuentre paz y alegría. Su gracia atrae la voluntad hacia el bien para que aprenda a gustarlo. A la experiencia estéril del pecado, Dios quiere sustituir la suya, inefable y dulcísima. Toda la mística de S. Bernardo se transparenta en su descripción de lo que Dios ofrece a los que le aman. Cada uno de los sentidos espirituales encuentra en Él su objeto adecuado: la belleza de la continencia y la contemplación de la verdad iluminan la mirada del corazón, la dulce voz del consolador interior infunde solaz y alegría al oído, también el olfato recibe el aroma de la esperanza, el paladar gusta las delicias del amor y todo el espíritu es ungido por la misericordia divina, la conciencia tranquila descansa feliz⁴⁰. Como observa D.Farkasfalvy, Bernardo desarrolla todo un vocabulario de la experiencia para indicar la transformación interior de quien aprende a gustar a Dios⁴¹. Esta dulzura no es aún el premio de la vida eterna sino el céntuplo que Dios ofrece en esta tierra, no es fruto de la ciencia sino de la experiencia, surge de lo profundo y sólo la conocen quienes la saborean, está escondida a los sabios y se revela a los sencillos, no se encuentra en toda la superficie de la tierra pues es el mismo Señor. Por ello ante la bondad de Dios, Bernardo amonesta con crudo realismo: "Procúrese ahora que el perro no vuelva al vómito, ni que la cerda lavada se revuelque en el fango"⁴².

Si bien Dios toma la iniciativa, manifestando cuanto tiene preparado para los que le aman, el hombre debe adherirse a Él en virtud de un amor gratuito y espontáneo. Este amor recto es la justicia bíblicamente considerada, la caridad derramada

40. Cf. *Conv* 13,25. Bernardo expone en sus textos y especialmente en sus *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* toda una doctrina de los sentidos como órganos de la experiencia espiritual (cf. J.M. DE LA TORRE, *Experiencia cristiana y expresión estética en los Sermones sobre el Cantar de los Cantares en Obras Completas de San Bernardo*, V, Madrid 1987, p.18-22).

41. Cf. *The first step in spiritual life: Conversion* en *La dottrina spirituale nelle opere di San Bernardo di Clairvaux. Atti del Convegno Internazionale. Roma, 11-15 settembre 1990*, Edizioni Cistercensi, Roma 1991, p.76.

42. *Conv* 13,25.

por el Espíritu Santo en el corazón del hombre, única capaz de ordenarlo a Dios; es la justicia que impulsa hacia la santidad⁴³. Por ello la razón esclarecida por la palabra divina, exhorta a la voluntad: "Dichosos los que andan hambrientos y sedientos, porque van a quedar saciados" (Mt 5,6).

Este alimento divino es el único que sacia realmente el espíritu, pues responde a la naturaleza del hombre⁴⁴. Fundado en la irreductible diferencia entre el cuerpo y el espíritu, Bernardo retoma la elocuente afirmación del *Libro sobre el amor de Dios*: "Se sacia antes el cuerpo humano de aire que el corazón del hombre de dinero"⁴⁵. Este carácter irreductible del espíritu, impide al hombre encontrar alegría y quietud en las cosas de este mundo. Por ello Bernardo invita a reflexionar sobre la propia experiencia de pecado y sobre la ajena, de conversión y pureza. A la inquieta saciedad que despiertan los bienes materiales, contrapone el alimento verdadero de la justicia y sabiduría divinas e insiste en la necesidad de aprender a saborearlas un poco, al menos, pues sólo gustar la bondad del Señor, aumenta el deseo y convierte el corazón⁴⁶. La voluntad humana se revela profundamente afín al amor divino y éste puede arraigar y crecer con toda intensidad en ella, eliminando cuanto le es contrario y ordenando todos sus afectos.

La purificación de la memoria señala la última fase en esta progresiva transformación de las potencias. El dominio que la voluntad adquiere sobre sí, le permite sujetar también los miembros del cuerpo y someterlos a una adecuada disciplina.

43. Cf. *Conv* 14,27.

44. En la antropología bernardina, la naturaleza indica el estado en el cual el hombre fue creado, es decir a imagen y semejanza de Dios. Por ello el hombre sólo puede encontrar reposo en Dios mismo que se le comunica.

45. *Conv* 14,26. Cf. *AmD* 7,21. El contenido de ambos textos es el mismo y en ambos Bernardo insiste en que la justicia es el único alimento natural y vital del espíritu.

46. Bernardo trata el mismo tema en el *Libro sobre el amor a Dios* donde afirma: "La caridad convierte las almas y las hace también libres" (12,34).

El pecador que se convierte decide no pecar más. Sin embargo, en lo profundo de su espíritu queda el recuerdo de los pecados cometidos. Una vez más la voluntad se descubre impotente, esta vez para purificar la memoria⁴⁷. Bernardo la compara a un delgado pergamino que la tinta del pecado ha impregnado por completo. ¿Como borrar el pasado? O más bien: "¿cómo ingeniarse para conservar íntegra la memoria y, al mismo tiempo borrar sus manchas?"⁴⁸ Esta purificación de la memoria, imposible para el hombre, la realiza Dios. Su perdón elimina los pecados sin borrar su recuerdo, impide que de ellos surjan nuevas faltas, cancela el temor al castigo y la vergüenza del pecador. La memoria de los pecados cometidos deja de ser obstáculo para la salvación y se convierte en motivo de gratitud hacia Aquel que los perdonó.

Si el pecador implora misericordia para que sus pecados le sean perdonados, Dios a su vez lo invita a la misericordia: "Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mt 5,7). Bernardo retoma una convicción arraigada en su corazón y en su doctrina. El pecador debe ser ante todo misericordioso consigo mismo restableciendo la paz en su interior y consciente de su propia miseria, deberá ejercer la misericordia con su prójimo, perdonando a quienes lo han ofendido, resarciendo a quien ha defraudado, dando limosna a los pobres. Sólo la misericordia del hombre que se inclina ante la miseria ajena, obtiene la misericordia divina que reconcilia con Dios.

47. Para los autores cistercienses y en particular para Bernardo "la memoria de los pecados pasados es como una sentina inmundada que es preciso purificar sin descanso" (cf. J.M. DE LA TORRE, *El carisma cisterciense y bernardiano*, en *Obras completas de S. Bernardo*, I, p.32).

48. *Conv* 15,28.

3. Contemplación de Dios y servicio al prójimo

3.1 De la conversión a la contemplación

En la doctrina y en la experiencia espiritual de S. Bernardo, el camino de la conversión no se cierra en una visión individualista sino que se abre hacia la plena unión con Dios y la entrega al prójimo. La misericordia divina realiza esta transformación del alma. Bajo su acción la razón se torna lúcida, la voluntad recta y la memoria tan limpia que el penitente puede oír al Señor que le llama y le dice: "Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios" (Mt 5,8).

Esta bienaventuranza encierra especial importancia en la enseñanza de S. Bernardo ya que ella funda la esperanza de la contemplación divina. Sólo el semejante conoce al semejante⁴⁹ y sólo el hombre purificado de sus pecados, posee la mirada transparente para ver un día a Dios cara a cara.

Esta pureza de corazón requiere un continuo ejercicio de conversión ya que las malas inclinaciones permanecen en aquellos que aún viven en esta tierra, las heridas del pecado no cicatrizan inmediatamente⁵⁰ y el cuerpo abruma al espíritu con sus continuas necesidades. Sin embargo, en todas estas circunstancias el pecado es el único "obstáculo entre el ojo y la luz, entre Dios y el hombre"⁵¹. La purificación inicial de la reconciliación con Dios, postula una continua tarea de conversión: "Nadie debe creer que está totalmente limpio simplemente porque ha sacado afuera sus inmundicias. Necesita todavía de muchas purificaciones"⁵².

49. Si bien Bernardo no desarrolló una teoría del conocimiento, sus textos se fundan enteramente en el principio de que el conocimiento se da entre semejantes (cf. GILSON, *La théologie mystique*, p.173).

50. Bernardo observa que "la creatura espiritual es más difícil de sanar por ser más excelente" (Conv 4,5).

51. *Conv* 17,30.

52. *Ibid*.

Sin embargo en este proceso, es Dios mismo quien acrisola el alma hasta que "la transparencia brille en nuestro rostro y destelle glorioso sin mancha ni arruga"⁵³.

3.2. La entrega al prójimo

Las dos últimas bienaventuranzas señalan la parábola final de este itinerario de conversión. El proceso de la razón y de la voluntad sostenidas por la gracia, lleva a la más plena posesión de sí como entrega al prójimo por amor a Dios. Se trata de los pacíficos y de los que sufren persecución por la justicia.

"Dichosos los pacíficos, porque se van a llamar hijos de Dios" (*Mt* 5,9). Para Bernardo, pacífico no sólo es quien tiene paz en lo que de él depende, no sólo quien vive en paz a pesar de los perjuicios que debe soportar sino quien agradecido por estar reconciliado con su Padre Dios, quiere reconciliar a los demás⁵⁴.

Sin embargo, el abad de Claraval no dirige este sermón —como fuera en la redacción inicial— a sus monjes sino a clérigos inmersos en los afanes temporales que temerariamente se adueñan de "los privilegios de los pacíficos y de la condición de los hijos de Dios"⁵⁵. Consciente de los difíciles momentos por los que la Iglesia atraviesa, Bernardo despliega su arte de orador al servicio de una causa que lo urge: restaurar la vida cristiana en los servidores de Dios y de su pueblo. Su enfoque se torna decididamente pastoral⁵⁶.

Sus palabras llenas de fuego, amonestan duramente a quienes no sólo no practican la paz, sino que ni siquiera la

53. *Ibíd.* Bernardo usa frecuentemente dicha expresión para expresar la purificación del alma en sus potencias; la razón sin mancha que la oscurezca y la voluntad sin arruga que la repliegue sobre sí (cf. GILSON, *La théologie mystique*, p.125-126, nota 5).

54. Cf. *Conv* 18,32.

55. *Conv* 19,33.

56. Cf. *Conv* 19,32.

predican y viven entregados a todos los vicios: "reina la avaricia, predomina la ambición, campea la soberbia, se consolida la perversión; pero la lujuria es la que se lleva la palma"⁵⁷. En este estado penetran en la morada del Dios vivo, profanando su templo. Por ello Bernardo los apremia a la conversión y los invita a huir de Babilonia hacia las ciudades de refugio, los monasterios donde hacer penitencia, alcanzar misericordia y esperar la gloria futura. A la ambición y placer mundanos, Bernardo contrapone la grandeza y la dulzura de servir a Dios. Sin embargo, Bernardo no concluye su sermón considerando la belleza de la vida monástica sino la imagen del buen Pastor. Este texto más próximo a los últimos de la plena madurez, anuncia la fecundidad de la unión con Dios que desborda en la tarea pastoral. Como lo hará en el *Cantar de los Cantares*, Bernardo aúna la búsqueda de los intereses de Cristo con el amor incondicional a Él y la entrega de la propia vida al servicio de la esposa, la Iglesia⁵⁸. La bienaventuranza sobre la pureza del corazón que invita a liberarse de todo lo propio, es decir de los intereses egoístas para buscar sólo los de Jesucristo y de las almas, converge con la última relativa a la persecución por la justicia. La unión con Dios no lleva sólo a la contemplación sino al celo por las almas, al amor y al desinterés en su servicio hasta la donación de la propia vida.

Si en otras circunstancias, Bernardo comentando la misma bienaventuranza identifica en el martirio de la vida monástica⁵⁹,

57. *Conv* 20,34.

58. Bernardo retoma especialmente el tema de los buenos y malos centinelas y del amor que los debe guiar en la custodia de la ciudad en los *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* (cf. 76,3; 6-9; 77,1,1-2). En ellos se encuentran las mismas ideas de fondo e incluso algunos de los mismos textos bíblicos.

59. Bernardo propone la figura del mártir quien abraza la pobreza voluntariamente: "¿Existe algo más admirable o un martirio más acerbo que pasar hambre rodeado de manjares, helarse de frío entre múltiples y valiosos ropajes, sentir las angustias de la pobreza en medio de las riquezas que ofrece el mundo, las que ostenta el maligno y las que codicia nuestro apetito?" (*En la festividad de Todos los Santos*, 1,15).

la persecución por la justicia, ante los clérigos de la Universidad de París, Bernardo esboza la figura del Buen Pastor, dispuesto a dar la vida por sus ovejas. A los falsos pastores, asalariados dispuestos a correr todos los riesgos por dinero pero ninguno por la justicia, Bernardo presenta el mayor testimonio de vida cristiana y la más perfecta configuración con Cristo: "Dichosos los que viven perseguidos a causa de la justicia, porque tienen ya el reino de los cielos" (Mt 5,12).

A estos pastores auténticos Jesucristo asegura un premio tanto más grande cuanto mayor haya sido el sufrimiento por su causa: "Dichosos vosotros cuando os odien los hombres, y os expulsen, y os insulten y propalen mala fama de vosotros por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que se os va a dar una gran recompensa en los cielos" (Lc 6, 22-23).

Profundo conocedor de la multiforme miseria humana y de la eminente dignidad del hombre, Bernardo pone de relieve en este *Sermón*, el arduo camino de la conversión, sus conflictos, sus tentaciones, sus victorias. Con precisión, el santo abad ilumina los infinitos recursos del alma para alejarse de Dios y los infinitos recursos de Dios para acercarse al hombre. En esta dialéctica divino-humana, la conversión de la voluntad hasta la fase crucial de su respuesta amorosa a la gracia divina, ocupa las páginas centrales de la predicación bernardina. En dicha conversión se resuelve todo el previo oponerse y conciliarse por obra de la gracia, de la razón y de la voluntad y, en virtud de la misma acción divina, el hombre recupera la condición de hijo de Dios y hermano solícito de los hombres.

El *De Conversione*, ubicado en el centro de la trayectoria bernardina, se presenta como síntesis de los principales tratados precedentes⁶⁰ y anuncio de los grandes temas de la

60. Hago referencia a los tres tratados mencionados en este artículo: *Los grados de la humildad y la soberbia*, *Libro sobre la gracia y el libre albedrío*, *Libro sobre el amor a Dios*.

madurez: la íntima unión con Dios y el celo por la Iglesia⁶¹. De este modo, Bernardo ratifica que la apertura del hombre a los inefables horizontes de la unión mística y a las grandes obras por la Iglesia y por las almas, brota de una secreta lucha que sólo Dios y el hombre conocen, que se libra en el centro más profundo de cada espíritu humano y se resuelve en el núcleo de su libertad.

61. Son los temas de los *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* y del tratado *Sobre la consideración*.